


Tema 24: "Se entregó... a una muerte de Cruz..." (Fil 2). La cruz, locura del amor de Dios por nosotros

**"En la cruz está la vida y el consuelo,
y ella sola es el camino para el cielo..."** (Santa Teresa)

"En el misterio de la cruz se revela plenamente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo unigénito. La muerte, que para el primer Adán era signo extremo de soledad y de impotencia, se transformó de este modo en el **acto supremo de amor** y de libertad del nuevo Adán.

Así pues, podemos afirmar, con san Máximo el Confesor, que Cristo «murió, si así puede decirse, divinamente, porque murió libremente». En la cruz se manifiesta el eros de Dios por nosotros. Efectivamente, eros es —como dice el Pseudo Dionisio Areopagita— la fuerza «que hace que los amantes no lo sean de sí mismos, sino de aquellos a los que aman». ¿Qué mayor «eros loco» (N. Cabasilas) que el que impulsó al Hijo de Dios a unirse a nosotros hasta el punto de sufrir las consecuencias de nuestros delitos como si fueran propias?" (Benedicto XVI)

Tengo sed (Sta. Teresa de Lisieux)

"Un domingo, contemplando una estampa de nuestro Señor crucificado, quedé profundamente impresionada al ver la sangre que caía de una de sus manos... caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla... Resolví mantenerme en espíritu al pie de la cruz para recibir el divino rocío que goteaba de ella, comprendiendo que luego tendría que derramarlo sobre las almas... El grito de Jesús en la cruz resonaba continuamente en mi corazón: ¡Tengo sed!'. Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y vivísimo... Yo misma me sentía devorada por la sed de almas".

Si en la cruz nos amó, en ella hemos de amarle

¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la Cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la Cruz te quiero buscar y en ella te hallo y hallándote me libras y curas de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salud (San Juan de Ávila).

LA CRUZ: LIBRO, TESORO Y ARMA

I. La Cruz es LIBRO Y CÁTEDRA

La cruz es la gran escuela del amor y de la sabiduría de un Dios clavado en el madero y muriendo de amor:

"¿Pero cómo, clavado, enseñas tanto? Debe ser que siempre estás abierto, ¡Oh Cristo, oh ciencia terna, oh libro santo!" (Lope de Vega).

"La cruz es el libro más sabio que se pueda leer. Los que no conocen este libro son ignorantes, aunque conozcan todos los demás libros. Los verdaderos sabios son sólo los que lo aman, lo consultan, profundizan en él... Cuanto más lo estudiamos, más queremos aprender de él. El tiempo pasa sin hastío. Sabemos todo lo que queremos saber y nunca estamos hartos de lo que en él gustamos.

Las personas del mundo se afligen cuando tienen cruces; los cristianos auténticos se afligen sólo cuando no las tienen. En el camino de la cruz, sólo cuesta el primer paso. El miedo a las cruces es nuestra gran cruz. Todo marcha bien si llevamos bien nuestra cruz" (San Juan María Vianney).

"Cristo es el que ha aceptado toda la realidad del morir humano. Y precisamente por esto es el que ha realizado un cambio fundamental en el modo de entender la vida. ¡Ha enseñado que la vida es un paso!, no solamente hacia la frontera de la muerte, sino hacia una vida nueva. Así la cruz ha venido a ser para nosotros la **Cátedra suprema de la verdad de Dios y del hombre. Todos debemos ser alumnos de esta Cátedra, "en curso o fuera de curso". Entonces comprenderemos que la cruz es también la cuna del hombre nuevo** (San Juan Pablo II).

Las grandes lecciones de este Libro:

a) La Cruz nos enseña que Dios es amor

"Sólo dirigiendo la mirada a Jesús, muerto en la cruz por nosotros, se puede conocer y contemplar esta verdad fundamental: «Dios es amor»). «Desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar»".

*"Al levantar los ojos hacia el Crucificado, adoramos a Aquel que vino para quitar el pecado del mundo y darnos la vida eterna. La Iglesia nos invita a levantar con orgullo la Cruz gloriosa para que el mundo vea **hasta dónde ha llegado el amor del Crucificado por los hombres**, por todos los hombres. Nos invita a dar gracias a Dios porque de un árbol portador de muerte, ha surgido de nuevo la vida. Sobre este árbol, Jesús nos revela su majestad soberana, nos revela que Él es el exaltado en la gloria"*

Jesucristo a Santa Gema Galgani: *"Hija mía, mírame y aprende cómo se debe amar. ¿No sabes que el amor me ha dado la muerte? Estas llagas son obra del amor"*.

"Me amó y se entregó a la muerte por mí". "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos".

San Agustín: *"Quede clavado por entero en vuestro corazón el que por vosotros quiso estar clavado en una cruz"*.

Don Manuel Martín, párroco de Motril, conservó incrustado en los maxilares el crucifijo que no pudieron extraerle, ya que al no querer injurarlo ni escupirle, se lo hicieron tragar. Y le dispararon.

b) La Cruz nos enseña lo horroroso que es el pecado

Cristo está en la cruz a causa de mis pecados. Si para remediar mis pecados ha sido necesaria la muerte de Dios en la Cruz, el pecado tiene que ser algo verdaderamente horroroso.

"... Contemplando con los ojos de la fe al Crucificado, podemos comprender profundamente qué es el pecado, su trágica gravedad, y al mismo tiempo la inconmensurable potencia del perdón y de la misericordia del Señor".

"Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna" (Jn 3, 16) **"Él mismo es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero"**.

Esta anécdota la cuenta el misionero P. Desmet:

En 1841 fui a evangelizar una tribu de las montañas rocosas de Canadá, una tribu india llamada "los Cabezas Planas". Sólo estuve allí unos pocos meses porque muy pronto la obediencia me cambió inesperadamente de destino, y tuve que ir a misionar a otros lugares. Había transcurrido unos 20 años cuando un día, estando yo en Montreal, me encontré fortuitamente por la calle a uno de los indios que conocí en aquella misión y que se había convertido. Yo mismo le bauticé. Fue un encuentro que nos llenó de alegría.

"¿Te acuerdas -le dije- cuando te hablé de Dios y lo que te impresionó conocer su amor y lo que había hecho por nosotros? Enseguida te convertiste y pediste el bautismo. Hasta entonces eras esclavo del alcohol, y cuando te emborrachabas te entregabas a toda clase de excesos".

"Así es, Padre, pero a partir de entonces cambió mi vida por completo. Me dejaste un pequeño crucifijo de cobre. Es éste. Lo llevo siempre conmigo, míralo. Desde entonces, cuando venía la lucha, lo miraba, y si la tentación arreciaba lo tomaba en mis manos y le decía: 'Señor, Tú sufriste todo eso por mí, ¿y yo no he de sufrir algo por ti?' Desde hace 20 años no he vuelto a emborracharme ni a cometer pecados".

"¿Cómo? -le dije- ¿Desde hace 20 años, sin sacerdote, sin sacramentos, no has cometido un sólo pecado mortal?".

Y aquel sencillo y humilde indiecito, asombrado, me dijo:

*"¿Un pecado mortal? **Ha muerto Dios por mí, ¿e iba yo a cometer un pecado mortal?** ¿O es que los blancos de Europa, a los que tú has explicado el crucifijo, cometen todavía pecados mortales?"*.

Cristo crucificado dijo un día a Santa Ángela de Foligno: *"No hay pecado por el que Yo no haya sufrido pena y ofrecido remedio"*.

Y San Agustín confesó: *"Desde que supe que fui comprado por la sangre de Cristo, no me atreví jamás a venderme"*.

c) La Cruz nos enseña el Valor de las almas

La Cruz nos muestra también el valor que tenemos a los ojos de Dios, la grandeza de cada hombre redimido por Él. *"Sus cicatrices nos curaron"* escribirá años después san Pedro, haciéndose eco del poema del siervo doliente de Isaías. Es decir, **su dolor y sus heridas gritan que hemos sido comprados a precio de la sangre de Dios**; expresan el valor inmenso que



tiene el hombre a los ojos de Dios, de manera que jamás podremos encontrar un motivo tan grande y tan sólidamente fundamentado para justificar nuestra dignidad... "Mirad que no habéis sido comprados... con bienes caducos, con oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo..."

Pensemos que para crear Dios el mundo le bastó un "hágase", una palabra: ¡fiat! Pero **para salvar a las almas necesitó ¡30 años y la cruz!**

Si ponemos en el platillo de una balanza un alma, en el otro tendremos que poner, para equilibrarla, la columna de la flagelación, los clavos, una cruz, sangre... ¡todo un contrapeso divino! Por eso, podemos pensar que **si Él ha hecho tanto por mí, ¿cuándo haré yo suficiente?**

Comprendemos a Sta Teresita que quería, sintiéndose locamente amada por Él, **abrazar todas las vocaciones:** ser sacerdote, misionera en todos los lugares y en todos los tiempos, mártir con todo tipo de martirios...

d) La cruz nos enseña a perder el miedo a sufrir

No podemos olvidar que somos discípulos de un Dios que ha muerto en la cruz. Que somos "del bando del Crucificado" (Santa Teresa). San Agustín llamaba a los cristianos "**hijos del calvario**"

Jesús también quiere sufrir para ayudarme a sobrellevar mis sufrimientos, para darme fuerza y santificarme con ellos y en ellos. Él sabía que sus discípulos iban a ser perseguidos y crucificados. Y como pedía a la debilidad humana un acto heroico, quiso padecer por delante terriblemente para darnos fuerzas.

"Él padeció por nosotros para que sigamos sus huellas" (I Pe 2,21).

Más aún, Jesús sufre por amor a cada uno de nosotros, para fortalecernos en las pruebas: "Como Él ha pasado por la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora pasan por ella" (Hb 2,18)

"Hay **dos modos de sufrir:** sufrir amando y sufrir sin amar. Los santos sufrían todos con paciencia, alegría y perseverancia porque amaban. Nosotros sufrimos con rabia, despecho y hastío porque no amamos. Si amásemos a Dios, seríamos felices de poder sufrir por amor a Aquel que aceptó sufrir por nosotros.

¿Decís que es duro? No, es dulce, es consolador, es suave: es la felicidad... **Sólo hace falta amar cuando se sufre y sufrir amando.**

Aquel que va al encuentro de la cruz camina en sentido inverso a las cruces; puede que se las encuentre, pero se alegra de encontrárselas; las ama, las lleva con valentía. Estas lo unen a nuestro Señor. Lo purifican. Lo separan de este mundo. QUITAN los obstáculos de su corazón y lo ayudan a recorrer la vida como un puente ayuda a cruzar el agua.

La mayor parte de los hombres vuelven la espalda a las cruces y huye ante ellas. Cuanto más corren éstos, más los persigue la cruz. Deberíamos correr tras la cruz como el avaro corre tras el dinero.

Parece que porque amamos un poco al buen Dios no debemos tener nada que nos contrarie, nada que nos haga sufrir... Es porque no entendemos el valor ni la felicidad de las cruces.

¡No comprendo cómo es posible que un cristiano pueda no amar la cruz y huir de ella! ¿No significa huir al mismo tiempo de aquel que quiso ser clavado en ella y morir por nosotros? La cruz es la lámpara que ilumina el cielo y la tierra.

Hay que pedir el amor a las cruces: entonces se hacen ligeras. Yo lo he experimentado: durante cuatro o cinco años me han calumniado, me han llevado mucho la contraria, me han trastornado. Vaya si tenía cruces. ¡Tenía casi más de las que podía soportar! Me puse a pedir el amor a las cruces y entonces me sentí feliz. Lo digo en serio: no hay felicidad más que ahí.

Cuando se aman las cruces, nunca se tienen, pero cuando se rechazan, quedamos aplastados por ellas. Huir de las cruces es querer que nos opriman; desearlas es sentir su amargura.

¡La cruz, la cruz! ¿Nos hace perder la paz? Ella es la que da la paz al mundo y la que debe llevarla a nuestro corazón. Todas nuestras miserias provienen de que no la amamos. **El miedo a las cruces aumenta las cruces.**

Una cruz llevada con sencillez y sin esas reincidencias del amor propio que exageran los dolores, ya no es una cruz, un sufrimiento.

La cruz es un don que el buen Dios hace a sus amigos. Lo que hace que no amemos a Dios es que no hemos llegado a ese grado en que todo lo que nos cuesta nos gusta. Una larga enfermedad es ventajosa para un cristiano que sabe sacarle partido. Es necesario haber llegado a cierto grado de perfección para soportar la enfermedad con paciencia.

¡No tenemos el valor de llevar nuestra cruz! Es un error, pues la cruz persiste hagamos lo que hagamos. **No podemos huir de ella**" (S. J. María Vianney)

II. La Cruz es un TESORO

"Para entrar en estas riquezas de la sabiduría de Dios la puerta es la cruz, que es angosta. ¡Y desear pasar por ella es cosa de pocos!" (S. J. de la Cruz)

La cruz es la clave del Evangelio, la llave de la puerta santa del cielo.

"Quien posee la cruz posee un tesoro. Y, al decir un tesoro, quiero significar con esta expresión a aquel que es, de nombre y de hecho, el más excelente de todos los bienes, en el cual, por el cual y para el cual culmina nuestra salvación y se nos restituye a nuestro estado de justicia original.

Porque, sin la cruz, Cristo no hubiera sido crucificado. Sin la cruz, aquel que es la vida no hubiera sido clavado en el leño. Si no hubiese sido clavado, las fuentes de la inmortalidad no hubiesen manado de su costado la sangre y el agua que purifican el mundo, no hubiese sido rasgado el documento en que constaba la deuda contraída por nuestros pecados, no hubiéramos sido declarados libres, no disfrutaríamos del árbol de la vida, el paraíso continuaría cerrado. **Sin la cruz, no hubiera sido derrotada la muerte, ni despojado el lugar de los muertos.**

Por esto, **la cruz es cosa grande y preciosa.** Grande, porque ella es el origen de innumerables bienes, tanto más numerosos, cuanto que los milagros y sufrimientos de Cristo juegan un papel decisivo en su obra de salvación. Preciosa, porque **la cruz significa a la vez el sufrimiento y el trofeo del mismo Dios:** el sufrimiento, porque en ella sufrió una muerte voluntaria; el trofeo, porque en ella quedó herido de muerte el demonio y, con él, fue vencida la muerte" (San Andrés de Creta)

III. La Cruz es el ARMA SECRETA PARA TRIUNFAR DEL ENEMIGO

Llevar un pequeño crucifijo en el bolsillo puede ser la mejor medicina para afrontar el día. Agarrarlo en las manos en momentos complicados del día, puede hacernos superar tentaciones y pruebas, y hacernos recordar que no estamos solos, que el Señor nos acompaña en cada momento.

Tengamos certeza de que el demonio está vencido. No debemos tener miedo. **Confiemos siempre en que la victoria de Jesús en la cruz es nuestra victoria.** No nos apoyamos en nuestras fuerzas que son muy débiles, pero **sí en las del amor de Jesús:** Por eso nos puede decir con certeza el apóstol Santiago: «**Someteos a Dios y enfrenaos con el diablo, que huirá de vosotros**» (I Sant 4, 7).

Por obediencia a su confesor, Santa Teresa coge con fuerza el crucifijo para ver si una visión del Cristo es auténtica o era del diablo, que la quería engañar. Empuñándolo fuertemente dice: "Ahora venid todos acá, que siendo yo sierva de Dios quiero ver qué mal me podéis hacer". Y con ello -dice- **se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy**".

Se cuenta también de Mamá Margarita, la madre de San Juan Bosco, que ayudando a su hijo con los chavales le hacían perder la paciencia. Un día ya estaba muy cansada, le había vuelto a manchar la ropa recién lavada... ¡Se iba! Dejaba a su hijo con aquellos rapazuelos insoportables. Lo tenía ya decidido. Cuando estaba haciendo su hatillo con sus cosas para marcharse, llegó su hijo, Juan Bosco, que le preguntó la razón de porqué se iba... Su hijo se quedó callado con la mirada clavada en el crucifijo de la pared... La madre, en aquel silencio que se hizo, miró a su hijo, y siguió su mirada hasta que **la de los dos se clavó en el crucificado**... Tras unos instantes, Mamá Margarita empezó a deshacer el hatillo...

Lo mismo podríamos decir de San Maximiliano Kolbe¹ y de todos los santos, grandes enamorados del Crucificado.

en esto?" A lo que él, con la máxima mansedumbre, respondió: "Creo, ¡y cómo!" El alemán se quedó amoratado por la ira y alcanzó al P. Kolbe con la mirada. Repitió por tres veces la pregunta y por tres veces recibió la misma respuesta; y por tres veces le abofeteó". Él permanece totalmente sereno. Le quedó un cardenal en el rostro. Los otros dos estaban más irritados que él. Kolbe les calma diciéndoles: "No hay razón alguna para irritarse así; tenéis ya graves motivos personales de preocupación. Esto es una pequeñez, todo es por la Madrecita". Poco después le vistieron de prisionero.

¹ En el campo de concentración. Trasladado a la celda, coincide con otro polaco (que cuenta el suceso) y un judío. Un día reciben la inspección del jefe de departamento nazi. "Cuando reparó en el P. Kolbe, vestido con el hábito religioso, me pareció como si le sacudiera un golpe. El odio de aquel hombre no era sólo por el vestido religioso, sino también y sobre todo, por el crucifijo y el rosario que pendían del cingulo de nuestro franciscano. Tras la relación hecha por el hebreo, que era el más antiguo en la celda, el jefe agarró el crucifijo del P. Kolbe, y tirando de él con intermitencia gritaba: "¿Y tú crees